

## Capítulo 738: Chaoskampf

Nadie podía creerlo.

A pesar de su persistente racha de derrotas, que se extendía por varios miles de años, Apep no era una criatura fácil de derribar.

Era la manifestación del caos primordial y, como tal, uno de los monstruos más temibles que jamás haya existido.

La capacidad de Ra para derrotarlo una y otra vez, noche tras noche, era una de las hazañas que mantenía al panteón egipcio en lo más alto.

La actuación de Apophis fue sin duda... impactante.

Pero en nadie dejó una impresión mayor que en los padres del joven.

Y la batalla estaba todavía muy lejos de terminar.

Aunque Apophis había derramado la primera sangre en esta pelea, Apep se negó a caer en silencio.

Su horrible siseo de agonía, fue tan fuerte que, casi dejó sordo a Apophis y lo hizo tambalearse hacia atrás.

Usando la base de su cola, Apep arrancó la temible espada de su ojo y de allí brotó un horrible torrente de sangre oscura.

Arrojó el arma a un lado y levantó la cola, como un enorme ariete, para aplastar a Apophis bajo su tamaño titánico.

Apophis no se había recuperado completamente a tiempo para reaccionar, pero sus alas de fuego lo hicieron por él.

Las llamas ardieron más intensamente que nunca, creciendo fuera de control. Cada ala formó un par de manos gigantes, que no solo atraparon la cola de Apep sino que además lo quemaron.

El poder de orden de Apophis, era la antítesis de todo lo que Apep encarnaba. El contacto con él, era como tener la piel empapada en lejía y luego prendida en llamas.

Aunque la experiencia fue insoportable, no estaba exenta de mérito.

Un miasma oscuro y nublado llenó el aire alrededor de Apophis, como una densa niebla.

Invadió los pulmones del joven príncipe y provocó una reacción inmediata de asfixia. Sus ojos casi estallaron en su cráneo, cuando las venas, a lo largo de su cuerpo, se marcaban con violencia contra la piel.



Sintió como si sus entrañas estuvieran siendo desgarradas, mientras la sangre se acumulaba en lugares donde no debería haber estado.

Y aun así, Apophis sonreía como un demonio.

Quizá al principio se había sentido un poco conmocionado. Y dadas las circunstancias, era comprensible.

La apariencia de Apep era bastante intimidante. Estaba diseñada para helar los huesos y arrancar la determinación de un guerrero.

Lo había descolocado un poco al principio, lo admitía.

Pero ahora se daba cuenta de que no valía la pena gastar energía preocupándose por eso.

Vivía junto a monstruos todos los días. Su tía, sus abuelos, su padre, sus madres, e incluso su hermana mayor, a la que intentaba alcanzar.

En comparación con ellos, ¿de verdad era este enemigo algo con lo que debía estar luchando?

Para él, luchar contra este enemigo, sería lo mismo que insultar a todos los que lo habían ayudado a llegar hasta aquí.

Especialmente a su padre, que le había dado todas las herramientas para triunfar en cada oportunidad y nunca le pidió nada a cambio.

La única forma que conocía de mostrarle lo agradecido que estaba era demostrar que todo ese esfuerzo no había sido en vano.

Apophis desapareció de repente y la cola de Apep aplastó la nada.

La serpiente miró por encima de su cabeza y soltó otro de sus fuertes siseos.

Varios pequeños portales rodeaban a Apophis, como reflejos de una bola de discoteca.

En ese momento, Apep recordó una de las diferencias clave entre él y Apophis.

Quizá debido a la influencia de su madre, Apophis era un dios de la magia.

Pequeñas esporas de energía salieron de los poros de Apophis, al unísono, y flotaron a través de los portales.

Apep dejó escapar otro chillido, mientras explosiones aleatorias estallaron por todo su enorme cuerpo.

No tenía forma de predecir cuándo o dónde llegaría el siguiente ataque, por lo que no tuvo más remedio que empezar a usar su propio poder.

En su esencia, el poder del caos residía en la manipulación de las probabilidades.

Apep fue capaz de darle la vuelta por completo a la probabilidad de ser alcanzado por otra explosión, pasando de casi seguro a prácticamente nulo.





Apophis sintió el cambio repentino en su magia y soltó un silbido, genuinamente impresionado.

La gran cobra pensó que se estaba burlando de él.

Su ira se desató como una ola gigante; no solo su glorioso cuerpo estaba cubierto de heridas por las explosiones, sino que ahora su enemigo incluso tenía la osadía de silbarle.

¡Ni matarlo diez millones de veces sería suficiente para aliviar tal falta de respeto!

Así que ahora, la muerte de Apophis sería tan segura como las nubes en el cielo.

Apep canalizó poder, a través de su cuerpo, y sus escamas sanaron al instante.

Y no solo eso, sino que, de alguna manera, su cuerpo empezó a crecer aún más.

Antes parecía que podía envolver toda la tierra, pero ahora era como ver a una criatura, lo suficientemente grande como para extenderse por todo el sistema solar.

Abrió la boca una vez más, y la visión de Apophis se llenó por completo de negro.

Aunque el futuro inmediato era, literalmente, tan sombrío como podía ser, el joven príncipe aún no había perdido la esperanza ni la sonrisa.

De hecho, quizá era incluso más amplia.

—Vaya hombre. Dices que has visto mis recuerdos, pero no te los has mirado bien. Hay algo importante que a todo guerrero en Tehom le meten en la cabeza, desde el primer día.

Escamas recorrieron el cuerpo de Apophis en un instante.

Su cuerpo se volvió dorado, salvo por su rostro y su cabello, que permanecieron iguales.

Los dientes de su boca se alargaron, hasta el punto de que le costaba mantenerla cerrada.

Sus piernas se rompieron y se reajustaron, para volverse más bestiales, con dedos en forma de garras, al frente, y uno en la parte trasera del talón.

Su brazo izquierdo se deformó como gelatina. Se desgarró y se reconstruyó en una nueva forma.

Todo el brazo de Apophis se transformó en la cabeza de un dragón rugiente, tan poderoso como él mismo.

Levantó su monstruoso nuevo brazo y sus fauces se abrieron con un rugido.





En el fondo de su garganta, se podía ver una acumulación gradual de energía siniestra.

—Ser más grande que yo no te hará mejor que yo.

Justo cuando Apep intentó cerrar su boca sobre Apophis, un rayo de energía densamente concentrada salió disparado de la fauces de su brazo.

Alimentó la descarga con toda la magia que pudo verter en ella, haciéndola más ancha, más poderosa y, lo más importante, más rápida.

A la velocidad de la luz, un arco de energía atravesó el techo de la boca de Apep, saliendo por la parte trasera de su cabeza.

Los ojos de Apep se arrugaron con incredulidad, mientras intentaba curarse antes de que la situación se volviera irreversible.

Apophis salió volando, por la nueva abertura creada en la cabeza de Apep, y emergió justo detrás de él.

Extendió la mano para recuperar su espada dorada, antes de perder la oportunidad.

Mientras la enorme criatura estaba ocupada concentrándose en curarse, Apophis canalizó lo último de su magia en su arma y la obligó a crecer una vez más.

Pero Apophis sabía que aún era demasiado pequeña para cerrar la distancia, así que profundizó más.

Sin saberlo, tocó un manantial enterrado de energía, que estaba seguro de que no le pertenecía.

Pero estaba tan familiarizado con su firma, que nunca necesitó preguntarse de dónde venía.

Con su espada ahora del tamaño aproximado de Júpiter, Apophis la sostuvo solo con su poder mental, blandiéndola con toda la fuerza que pudo reunir.

Justo cuando Apep estaba a medio camino de cerrar el agujero en su cabeza, una espada gigante cortó su cuello, separando su capucha del resto de su cuerpo.

No pudo pronunciar palabras, pero su sorpresa y conmoción se transmitieron, con su aura disipándose.

“¡Último tramo..!”

Aunque Apophis estaba en las últimas, aún sabía que no había terminado del todo.

Salió de su forma actual y pronto se convirtió en una cobra dorada, más radiante y divina de lo que Apep había llegado a ser jamás.



Una vez que creció, hasta igualar el tamaño de Apep, desenchajó por completo su mandíbula y consumió a su adversario destinado.

Mientras comía, una sola lágrima de cansancio cayó de su ojo.

¡...era asqueroso!

Ni siquiera su característico aliño de bacon crujiente con salsa ranchera de cebollino podría haberlo arreglado.

¡Era completamente incomible! Le estaba costando toda su fuerza de voluntad no vomitarlo todo mientras lo tragaba.

¡Esta era, con diferencia, la peor parte de la batalla! ¡Odiaba estar aquí! Si hubiera sabido que iba a ser así, quizá se habría rendido antes de empezar.

—¡Glup..! Traga, traga...

La enorme serpiente se dobló sobre sí misma, mientras luchaba por adaptarse al nuevo bulto en su estómago.

Sin embargo, sus circunstancias solo empeoraron cuando el tiempo y el espacio de repente se distorsionaron, y volvió al punto de inicio, donde había comenzado todo.

Yesh flotaba sobre él, aparentemente bastante satisfecho con sus logros monumentales.

—Enhorabuena, hijo de Abaddon. Has demostrado que eres...

*\*Sonidos de arcadas. \**

El rostro de Yesh palideció, cuando Apophis procedió a vomitar por completo el contenido de su estómago.

Cuando terminó, usó la cola para limpiarse la bilis alrededor de la boca y levantó la mirada con inocencia.

—Perdón por eso... ¿Qué estabas diciendo?

